

**M^a DOLORES MALUMBRES
RECIBE EL PREMIO 'MUJERES
EN EL ARTE 2018' P46**

El duelo letal que hundió a la familia Olózaga

**MARCELINO
IZQUIERDO
VOZMEDIANO**



izquierdo@diariolarioja.com

Fue Olózaga uno de los apellidos con mayor alcurnia y peso específico en los campos de la política y de la sociedad en la España del siglo XIX. Si bien la cabeza visible de la saga recayó en Salustiano, jefe de Gobierno, varias veces ministro, académico, líder del progresismo y un revolucionario nato desde la adolescencia, otros miembros de la familia Olózaga, con Arnedo como cuartel general, también escribieron brillantes –y no tan brillantes– páginas en la Historia de nuestro país.

Hermano menor de Salustiano, José Olózaga fue ministro de Gracia y Justicia y hombre muy comprometido en la lucha contra la desigualdad que sufría España. Como director del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid procuró que los más necesitados tuvieran techo y comida y, como político y escritor, su amistad con el rey Amadeo I (Amadeo de Saboya) le llevó a redactar el discurso de despedida del monarca cuando abdicó del trono en 1873.

El relevo familiar y político de su padre, José Olózaga, y de su tío Salustiano llegaba de la mano de Celestino Olózaga, un joven ingeniero de Caminos y brillante orador que, a sus 26 años, ya atesoraba cierta experiencia parlamentaria y ocupaba el cargo de secretario del Congreso. Sin duda, la gran esperanza del Partido Progresista, cuyos líderes eran, además del citado Salustiano, Juan Prim y el también riojano Práxedes Mateo Sagasta. Sin embargo, el lado más salvaje del Romanticismo se cruzó en su camino de manera fatal.

Había acudido el joven diputado Celestino Olózaga al Teatro Español, en la madrileña plaza de Santa Ana,



Concepción Arenal

cuando por una disputa de galanteo cruzó ciertas palabras con el americano Conde de Jara. Intentaron varios de los presentes templar gaitas, pero la trifulca fue subiendo de tono hasta alcanzar insultos algo más que gruesos como para dejarlos pasar por alto. El honor era el honor. Ambos se citaron en duelo a sable con punta el 17 de marzo de 1869.

El Conde de Jara, gran duelista

Trataron de convencer a Celestino de lo descabellado del desafío, sobre todo porque el Conde de Jara era todo un experto en el arte de la esgrima y duelista profesional. Pero no hubo manera de disuadir al secretario del Congreso. El también parlamentario Jacinto Anglada se ofreció como padrino, sin que la familia Olózaga nada supiera del desatino.

Nada más arrancar el combate, atacó el joven Celestino con tal violencia que, tropezando con el terreno, se abalanzó desbocado contra su rival. Con la frialdad que da la experiencia, el aristócrata sólo tuvo que presentar la punta, que atravesó de lado a lado el cuerpo del desdichado Olózaga. Así de gráfico era el escritor Benito Pérez Galdós en su novela 'España sin rey', de los 'Episodios Nacionales': «(...) el caso de Celestino Olózaga, que por acometer airada y ciega mente se clavó en el sable de su contrario».

El mazazo sufrido por la familia fue salvaje, al igual que les ocurrió a las filas liberales. Ya nada fue igual. Salustiano fallecería en 1873, José Olózaga, en 1877, y el Partido Progresista se disolvió en 1874.

La conmoción y el duelo inundó La Rioja, donde la luctuosa noticia tuvo gran repercusión, así como en el resto de España y en periódicos de todo el mundo. La más altas autoridades del Estado acudieron al sepelio y posterior cortejo fúnebre el joven Celestino, que recorrió las principales calles de Madrid hasta el cementerio de San Isidro.

La escritora Concepción Arenal publicó un sentido obituario sobre su amigo: «¿Quién no llora al ver apagarse, cuando apenas había empezado a brillar tu privilegiada inteligencia? ¿Quién no llora al pensar en tu desventurado padre?».

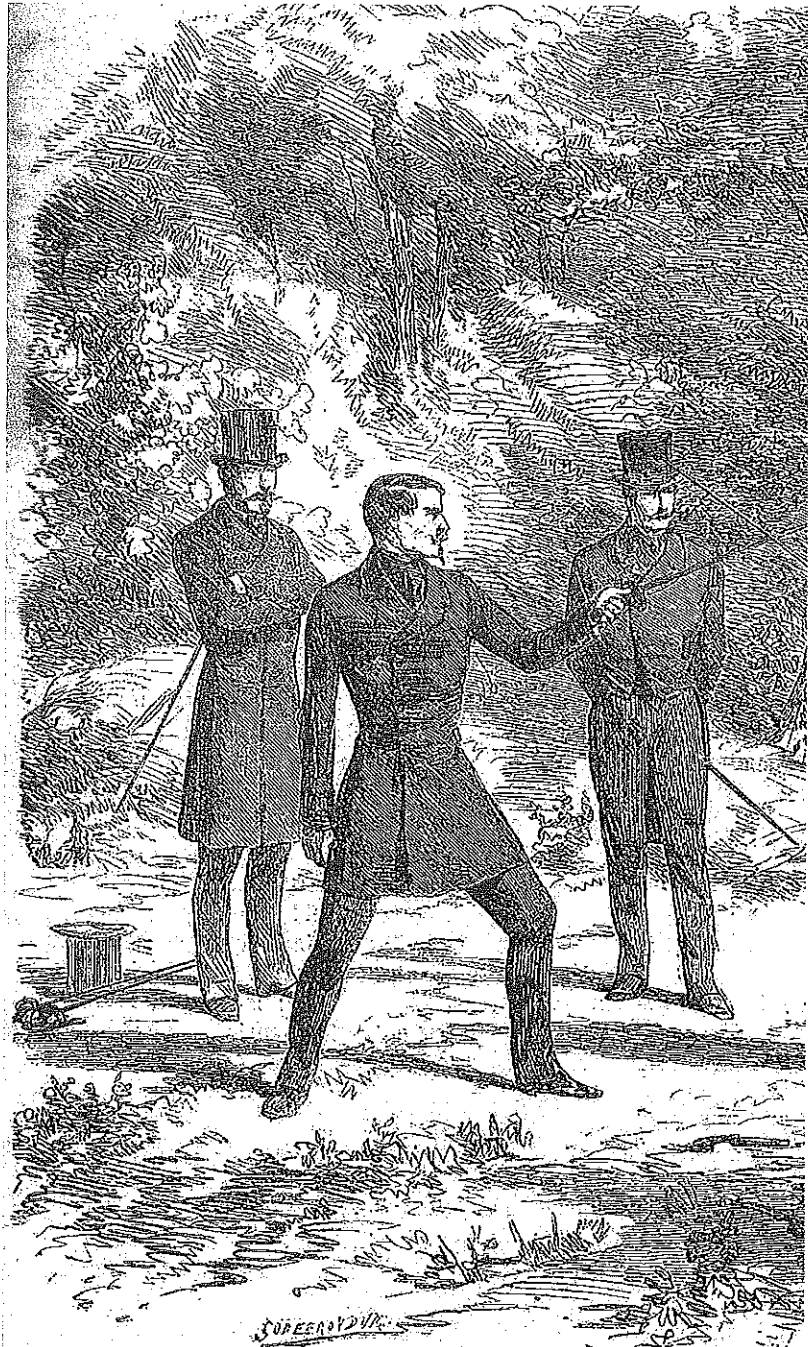


Ilustración sobre los duelos a sable, que proliferaron en el siglo XIX, como en el que segó la vida del

A CELESTINO OLÓZAGA

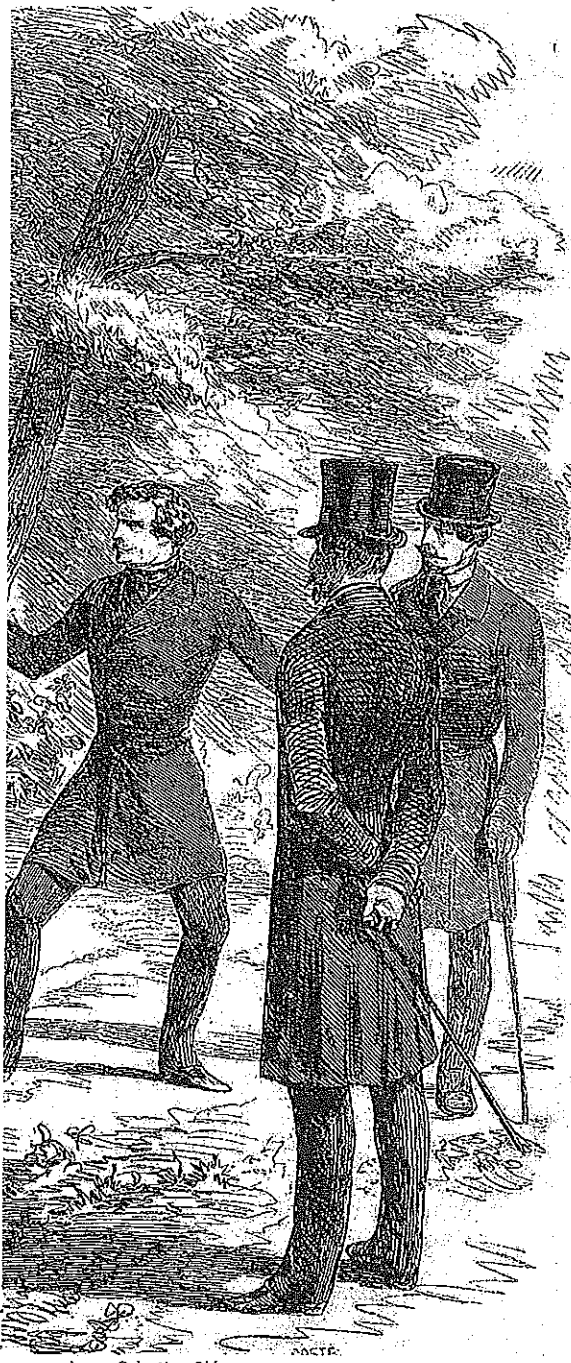
Concepción Arenal
Escritora

**¿Quién no llora al ver
apagarse, cuando apenas
había empezado a brillar tu
privilegiada inteligencia?**

Hijo de José Olózaga y sobrino de Salustiano, Celestino Olózaga encontró la muerte en un desafío de honor frente a un aristócrata en 1869. Con sólo 26 años, era ingeniero, secretario del Congreso y la gran esperanza del progresismo español



Celestino Olózaga, flanqueado por su padre, José (l), y por su tío Salustiano (d). **W.B.H.**



Joven Celestino Olózaga. **BNF**

José Olózaga, el riojano que escribió el último discurso del rey Amadeo I

Nacido en 1810, este abogado arnedano fue presidente de la Caja de Ahorros de Madrid y gran benefactor de las clases menos favorecidas de la capital de España

|| MARCELINO IZQUIERDO

LOGROÑO. Eclipsado por la brillante carrera política y la arrolladora personalidad de Salustiano, su hermano mayor, siempre se mantuvo José Olózaga en un segundo plano, a pesar de extensa formación, de su valía profesional y humana y de su ingente labor con los menos favorecidos. Además de ser ministro y de desempeñar altos cargos del Estado, de su pluma nació el discurso de despedida del rey Amadeo de Saboya antes de abdicar de la Corona y partir de España rumbo a su Italia natal.

José Olózaga vio la luz en Arnedo el 7 de noviembre de 1810, donde aprendió sus primeras letras, al igual que Salustiano. Tras ganar su padre, Celestino Olózaga, una plaza de médico del Hospital general de Madrid, con nueve años se trasladó junto al resto de la familia a la villa y corte, donde cursaría estudios de Derecho en la Universidad Complutense.

Magistrado de la Audiencia Territorial de Madrid, presidente del Consejo de Estado y, tras la Vicalvarada, diputado a Cortes, durante el Bienio Progresista, ocupó la cartera de Gracia y Justicia.

La muerte en duelo de su hijo Celestino, sumió a José Olózaga en una profunda depresión, que lo empujó a redoblar su labor humanitaria. Así fue como se implicó en la promoción de viviendas sociales a través de la Constructora Benéfica, junto a la escritora y

activista Concepción Arenal. Entre 1874 hasta su fallecimiento, en 1877, Olózaga presidió el Monte de Piedad, institución madrileña benéfica que se había fusionado en 1869 con la Caja de Madrid, primera entidad de ahorros del país.

Su amistad con el rey Amadeo I de Saboya, del que fue consejero, no sólo le permitió gozar del apoyo de la Corona a sus proyectos sociales sino que, además, tuvo el honor José Olózaga de escribir el discurso de renuncia del monarca, que fue leído en las Cortes el 11 de febrero de 1873.

El monasterio de Vico

Aunque la mayor parte de la familia Olózaga residía en Madrid, los vínculos con La Rioja siempre fueron muy estrechos. En el bienio 1843-1844, tras las desamortizaciones de Mendizábal y Espartero, Salustiano se convirtió en uno de los mayores compradores de bienes eclesiásticos de

la provincia. El primer año invirtió nada menos que 1.320.292 reales y el siguiente compró el monasterio arnedano de Vico en Arnedo, valorado en 3.771.305 reales. Gestionado por Salustiano hijo, el monasterio franciscano fue transformado en una confortable residencia para la burguesía y en una enorme explotación agraria, donde el vino era el producto más cotizado. También Salustiano padre invirtió en la compañía ferroviaria Tudela-Bilbao en 1857. La mencionada firma llevaría el primer tren a La Rioja en 1863.



José de Olózaga, dibujado en 1855 por Vallejo y Galeazo.

|| BIBLIOTECA NACIONAL